

AHIJUNA

HISTORIA LETRAS
POLITICA
ECONOMIA

"TIEMPLE Y CANTAREMOS JUNTOS..."
HERNANDEZ

martín fierro

poema político

varela

en la plaza de Salta

onganía

en un poema

6

los nacionales ☆ efemé-
rides ☆ nuestro tiempo
leído y comentado ☆ co-
rreo histórico

JUNIO - JULIO 1968

PRECIO \$ 120.-

AHIJUNA

Distribuidor exclusivo para el Interior, Uruguay y Paraguay:

Efebe Representaciones, French 151, Avellaneda (Buenos Aires)

En venta en las siguientes librerías:

Capital Federal:

Huemul, Santa Fe 2237.
Splendid, Santa Fe 1923.
Casa Pardo, Callao 527.
Casavalle, Viamonte 452.
Clásica y Moderna, Callao 892.
Fernández Blanco, Tucumán 714.
Fausto, Corrientes 1311.
Platero, Talcahuano 468.
Norte, Pueyrredón 1454.
Sopena, Esmeralda 116.
J. Orlando Díaz, Mariano Acosta 11.
Fiorentino, Rivadavia 5061.
García Loreca, Olazábal 2491.
Kraft Centro, Florida 378, local 20.
Verbum, Viamonte 411.
Tomás Pardo, Maipú 618.

San Carlos de Bariloche:

Arnaldo Arnaíz Av. Belgrano 98.

Bahía Blanca:

Don Boseo, Vieytes 150.

La Plata:

Atenea, 49 esq. Diagonal 80.
Jus, 46 esq. 11.

Mar del Plata:

Librería El Cid, Corrientes 1732 2º p. Of. 4
Erasmus, San Martín 3330.

Olavarría:

Altamira, Galería Vicente López.

Tandil:

J. A. C., Centenario 360.

COLABORE CON AHIJUNA

Suscríbase hoy mismo, enviando el siguiente talón de suscripción:

EDICIONES NUESTRO TIEMPO

Rivadavia 1255, 4º 406 Buenos Aires

Solicito a Uds. me suscriban por un año (12 números) \$ 1.200.—, por un semestre (6 números) \$ 600.— (*tachar lo que no corresponda*) a la revista AHIJUNA, para lo cual acompaño la suma de m\$n.

.....
en cheque o giro a la orden de EDICIONES NUESTRO TIEMPO.

Nombre y Apellido

Domicilio

Ciudad Pcia.

AHIJUNA

Año 1 — Número 6
Junio-Julio de 1968

Director: FERMIN CHAVEZ

Editor: Ediciones Nuestro Tiempo, S. en C. por A. (er.)

Dirección y administración: Rivadavia 1255, 4º piso, of. 406, Buenos Aires

Córdoba:

Hogar del Libro, Deán Funes 256.
Córdoba, Deán Funes 85.
Librería Leal, Galería San Martín, local 13 B.

Río Cuarto:

De la Patria, Vélez Sarsfield 272.
Novaro y Cía., Vélez Sarsfield 128.

Villa María:

Abel R. Cabral, Galería Goldberg

Curuzú Cuatiá:

Estrada, Berón de Astrada 877.

Paraná:

Carlos Ma. Quinodóz, Corrientes 412 (n)
Colecciones SRL, Diamante 257.
Gran Emporio del Litoral, San Martín y 25 de Junio.

Jujuy:

Riba y Cía., San Martín Esq. Necochea.

Mendoza:

Salgado, San Martín 1590.
R. P. Victoriano Ortego Sarmiento 164.
Simoncini y Gómez, Buenos Aires 98.

Posadas:

Pellegrini, Celón 280 local 13

La Rioja:

El Colegial, 25 de mayo y P. B. Luna

Salta:

B. Salas e Hijos, Alberdi y Caseros
El Colegio, Caseros, 654.
Martín Fierro, Libros, Deán Funes 115.
Salta, Buenos Aires 29.

San Luis:

Pedro Anello, Belgrano 801.

Rosario:

Casa Rodino, Córdoba 2121.

Santa Fe:

Colmegna, San Martín 2546.
Castellví, San Martín 2355.
Libretex, San Martín 2151.

Tucumán:

Norte Libros SRL, 24 de setiembre 616.

Impreso en: Imprenta López.

Prohibida la reproducción total o parcial sin previo permiso de los editores.

Registro de la propiedad intelectual, N° 956.993.

Suscripciones:

Anual (12 números) \$ 1.200.—

Semestral (6 números) „ 600.—

El Ejemplar \$ 120.

Correo Argentino Sucursal N°2	Tarifa Reducida Concesión N° 8848
	Franqueo Pagado Concesión N° 2948

A propósito de Martín Fierro

Por ROBERTO DE LAFERRERE

NADIE discute hoy los valores de *Martín Fierro*, pero esta consagración definitiva no le fue concedida de buen grado por los contemporáneos de su autor, quien, durante largos años, sólo mereció el desdén de los críticos y de los profesores de literatura. En el prólogo a una antología de poetas nacionales, hecha por Coronado, Juan Antonio Argerich calificó a Hernández, junto con Asca-subí, de "insoportablemente prosaicos". Pero sería un error atribuir esta malquerencia sólo a remilgos literarios, y parece más lógico buscar su causa en el contenido mismo del poema, en su sentido político, en la crítica sagaz de la realidad social de su tiempo que apenas disimula bajo formas poéticas. Eso es, ante todo, Martín Fierro: un alegato apasionado, un desafío a la polémica, la iniciación de un debate que se frustró en el principio, porque Hernández no halló contradictores que recogieran el guante.

Mas no dejó de provocar el malhumor de los aludidos, y fue el General Mitre quien, en carta dirigida a Hernández hacia 1879, señaló su intención beligerante con estas claras palabras de censura:

"No estoy del todo conforme con su filosofía social, que deja en el fondo del alma una precipitada amargura, sin el correctivo de la solidaridad social. Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y por la necesidad de vivir juntos y unidos, que hacer fermentar los odios, que tienen su causa, más que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro ser social y político".

Esos "antagonismos", que Mitre veía fermentar en *Martín Fierro*, eran el resultado de una lucha que había venido desarrollándose a lo largo de la historia argentina, desde 1810, entre los elementos nacionales, la población auténticamente argentina, y los agentes de una política extranjerizante que, por odio a España, procuró desde el primer día sustituir la población nativa con multitudes traídas de otras partes. Mariano Moreno y Bernardino Rivadavia fueron los primeros cau-

dillos de esa política de suicidas. El haber sido españoles, el seguir siendo hispánicos, por la raza, por la religión, por la cultura, por las costumbres, era, para ellos, el pecado original de los argentinos, del cual debían redimirse si aspiraban a pertenecer al mundo del Progreso y de la Civilización. Había que romper con el pasado, repudiarlo, calumniarlo aún atribuirle todas nuestras desgracias y... dejar de ser quienes éramos para convertirnos en cualquier otra cosa. Erigidos en improvisadores de la nueva nacionalidad, nuestros ideólogos quisieron rehacerla conforme a su teoría del pueblo feliz, y se propusieron transformar el pueblo argentino en un conglomerado monstruoso de gentes extrañas traídas de todas partes.

La imposición a sangre y fuego de este sistema trajo las luchas civiles, la reacción del ser nacional en defensa de sí mismo, las pasiones terribles que separaron a uno y otro partido, y de este curioso modo el odio a España se transfiguró con el tiempo en odio al criollo, al descendiente de los conquistadores, al nativo del país, al "bárbaro" que combatía contra el triunfo de la Civilización.

Las campañas naturalmente, se levantaron en primer término contra esa política extranjerizante, y sus habitantes cayeron por eso mismo bajo el anatema de los que la sostenían. No tiene otra explicación el odio al gaucho, cuya sangre no debía ser ahorrada, origen de la anarquía, causa de todas las desgracias nacionales, valla permanentemente opuesta a cualquier tentativa del progreso. El señor Rivadavia organizó su persecución ya en 1812 y la continuó más tarde como ministro de Martín Rodríguez y desde la Presidencia de la República. En la legislación que lo ha hecho famoso, opuso al argentino de las campañas el inmigrante, como rival con privilegios en la distribución de la tierra y las funciones del trabajo. Hipotecó todo el territorio nacional para llevar adelante el plan de colonización del país con poblaciones europeas. No tuvo otro objeto el empréstito inglés de 1825. Mediante la ley de enfiteusis, quitó al nativo toda posibilidad de adquirir en

propiedad la tierra pública e ideó el sistema de entregar esta tierra en arrendamiento a los colonos extranjeros, cuya inmigración organizaba desde el gobierno. No creó para el argentino ninguna fuente nueva de trabajo y de "progreso", manteniéndolo obligatoriamente en su condición invariable de peón de estancia, cuyo abandono constituía un delito que transformaba en "vago" al delincuente, es decir en soldado de las luchas contra el indio, cuyo destino militar consistía de este modo en conquistar nuevas tierras para el extranjero. En ningún país del mundo se inventó jamás un sistema tan abominable de esclavitud y de despojo.

Desde los tiempos famosos de Rivadavia eran, pues, profundamente verdaderas las quejas de estas estrofas:

Monté y me encomendé a Dios,
rumbiando para otro pago;
que el gaucho que llaman vago
no puede tener querencia,
y así de estrago en estrago
vive yorando la ausencia.

Él anda siempre juyendo,
siempre pobre y perseguido.
No tiene cueva ni nido
como si fuera maldito;
porque el ser gaucho... caramba
el ser gaucho es un delito.

Es como el patrio de posta.
Lo larga éste, aquél lo toma,
nunca se acaba la broma;
dende chico se parece
al arbolito que crece
desamparao en la loma.

Y se ería viviendo al viento,
como oveja sin trasquila
mientras su padre en las filas
anda sirviendo al Gobierno;
aunque tirite en invierno
naides lo ampara ni asila.

Le llaman "gaucho mamar",
si lo pillan divertido,
y que es mal entretenido
si en el baile lo sorprenden;
hase mal si se defiende,
y si no, se vé... fundido.

No tiene hijos, ni mujer,
ni amigos, ni protectores,
pues todos son sus señores,
sin que ninguno lo ampare.
Tiene la suerte del güey.
¿Y dónde irá el güey que no are?

Su casa es el pajonal,
su guarida es el desierto;
y, si de hambre medio muerto,
le echa el lazo a algún mamón,
lo persiguen como a pleito,
porque es un "gaucho ladrón".

El nada gana en la paz
y es el primero en la guerra;
no le perdonan si yerra
que no saben perdonar,
porque el gaucho en esta tierra
sólo sirve pa votar.

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones.

En su boca no hay razones
aunque la razón le sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;
si no aguanta, es gaucho malo.
¡Déle azote, déle palo!
¡Porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho
esta es la suerte maldita.

Vamos, suerte, vamos juntos,
dende que juntos nacimos,
y ya que juntos vivimos,
sin podernos dividir.
Yo abriré con mi cuchillo
el camino pa seguir.

En la época de Martín Fierro, la política migratoria de Rivadavia, cuyo nuevo plan trazara Alberdi en las *Bases*, era todo el programa de gobierno de los vencedores de Caseros. Traducía siempre el odio a lo español y a lo argentino tal como era, al hombre de la realidad nacional. No ahorrar sangre de gauchos fue el lema de Sarmiento y de Mitre, también discípulos de Don Bernardino, como el otro. Los habitantes de las pampas y los llanos, en cuyas pulperías seguía gritando ¡Viva Rosas! (veinte años después de su caída), levantábanse siempre detrás de sus caudillos, como nuevas reencarnaciones de la resistencia nacional. Una batalla perdida podía significar hasta la vuelta de Don Juan Manuel. Ese era el terror que tradujo más de una vez Rufino de Elizalde en la Legislatura de Buenos Aires. El asesinato de El Chacho, ordenado, evidentemente, por Sarmiento, fue una de las consecuencias brutales de ese estado de ánimo que vivían los hombres del partido unitario.

Añádase a esto el temor que también inspiraba la posibilidad de una conquista violenta de nuestro territorio por los ejércitos europeos. En las *Bases*, cuya Introducción es la página más ignominiosa que haya podido escribir nunca un argentino, Alberdi había declarado abiertamente que estábamos usurpando estas tierras a la Civilización. Detentábamos su dominio exclusivo con injusticia, porque, en realidad, no eran nuestras, sino del mundo, en virtud de la "Ley de dilatación del género humano". España había impedido que esta ley se cumpliera en América, y nosotros, pueblo de "compleción inferior", persistíamos en el mismo error funesto. Pero la ley se cumpliría fatalmente, bien por los medios pacíficos, bien por la conquista de la espada. Había, pues, que optar, y Alberdi optaba por la entrega pacífica de nuestros territorios a las poblaciones extranjeras, para que "la dilatación del género humano" se operase sin sangre y sin violencia. Ese es el pensamiento político de las *Bases*, cuyo autor lo expresa claramente al decirnos que sólo procura establecer en su libro el sistema mediante el cual se habría de cumplir la invasión civilizadora.

Entre tanto, la imagen falsa del gaucho que se había construido en las ciudades lo exhibía inferior a su realidad, como valor humano y como ele-

mento social. Los gobernantes de la época lo identificaban casi con el indio del desierto, dominado todavía por los instintos, desprovisto de sentido moral, cruel hasta la ferocidad, vago y vicioso por naturaleza, y sin otras cualidades descollantes que las de su coraje de bárbaro y sus aptitudes para la vida de los ejércitos en campaña. La palabra gaucho era una síntesis de los vicios más execrables y tomaba el sentido de una injuria para denigrar al adversario político. En la realidad, sin embargo, designaba al descendiente de los conquistadores, al guerrero de la independencia, el soldado de las fronteras que, en sus luchas contra el salvaje, prolongaba la conquista incorporando nuevas tierras a la nación. Era todavía el conquistador de América, que no había concluido su empresa de siglos.

Contra aquella ingratitud y aquella injusticia se levanta la voz de José Hernández. Su poema restaura la imagen adulterada del gaucho, del argentino de los campos y le devuelve su brillo propio.

“Me he esforzado —dice él mismo— sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personifica el carácter de nuestros gauchos, comentando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar; dotándolo de todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos sus impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado”.

El personaje que surge del poema, Martín Fierro, copia fiel de la realidad, nos revela, a través de sus aventuras, todas las tendencias y sentimientos fundamentales del hombre civilizado y una organización de aptitudes superiores cuya originalidad, tan vigorosa en sus rasgos más característicos, excluye cualquier posibilidad de paralelos con tipos populares de otras regiones de la tierra. Es siempre el español, como lo destacan con tanta autoridad Menéndez y Pelayo y Unamuno, pero de tal modo adaptado a su tierra propia que ésta imprime a su fisonomía física y espiritual un sello original e inconfundible. Se distingue fundamentalmente del infiel en que tiene un pasado que es parte de su naturaleza. El indio carece de memoria y no se ha independizado de la materia y los instintos. En el gaucho, la vida interior, la vida del alma, es lo que mejor define su psicología de hombre civilizado en quien la rusticidad del medio no ha podido destruir sus caracteres fundamentales definitivamente consolidados.

Es naturalmente poeta. “Canta —dice Hernández— porque hay en él cierto impulso moral, algo de métrico, de rítmico, que domina en su organización y que lleva hasta el extraordinario extremo de que todos sus refranes, sus dichos agudos, sus proverbios comunes, son expresados en dos versos octosílabos perfectamente medidos, acentuados con inflexible regularidad, llenos de armonía, de sentimiento y de profunda intención”. Nada de esto pudo venirle de una educación que no le daban los gobiernos. Los pensamientos que traducen

musicalmente esas sentencias populares nacen de la reflexión espontánea ante el espectáculo del mundo y de la vida, y coincide substancialmente con la sabiduría proverbial de todos los grandes pueblos de la tierra.

Hernández nos presenta en *Martín Fierro* la imagen restauradora del gaucho, en un intento desesperado de devolverle el prestigio perdido bajo la prédica calumniosa de los políticos de su época. Así lo muestra dotado de potencias insospechadas por los hombres de las ciudades. Son expresiones naturales de su alma y de su inteligencia la emoción religiosa, la solidaridad humana, la piedad por los débiles, la aptitud de comprender y admitir desinteresadamente, el hábito de la reflexión estoica en el infortunio, el valor moral y el coraje físico y, a despecho de su individualismo exagerado, y de su genio vivo y levantisco, el acatamiento de la autoridad y de las jerarquías legítimas, que a sus ojos se concentran en el caudillo, quien obedece, cuando está a sus órdenes, con la lealtad de las sombras.

Y este ser tan original, tan rico en posibilidades magníficas, tan apto para superarse rápidamente, no por imposición arbitraria de modalidades y costumbres extrañas a su ser, sino mediante la realización de sus propias potencias, lo que hubiera constituido su verdadera cultura, el perfeccionamiento de su personalidad natural; este hombre así pintado por Hernández en las páginas de *Martín Fierro* era el mismo a quien, por un lado, se lo asimilaba al indio, calumniándolo, y, por otro, se le quería convertir en el “obrero inglés” de los sueños alberdianos.

Una aspiración cultural estafalaria, concebida en lecturas incoherentes, le declaró la guerra y los filósofos “de las luces” decretaron que el argentino no podía ser la base de la argentinidad.

MARTÍN FIERRO es un desafío, una invitación al debate, a la lucha. Su inspiración política, su espíritu polémico, surge del texto mismo del poema. Lo que Hernández censura en la literatura gauchesca anterior es la ausencia de ese espíritu, de esa inspiración. En su carta a Miguens, escrita en diciembre de 1872, le pide que juzgue con benignidad su obra, “siquiera sea —dice— porque Martín Fierro no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como el “Fausto” y varias otras, son de mucho mérito ciertamente; sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Vd. no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se imaginarán”. Aludiendo evidentemente a Ascasubi, añade después: “Quizá la empresa hubiera sido para mí más fácil y de mayor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado para el uso”. Esta alusión fue recogida por Miguel Cané, quien en carta al mismo Hernández le dice: “Usted ha hecho versos gauchescos, no como Ascasubi, para hacer reír al hombre culto del lenguaje del

gaucho, sino para reflejar en el lenguaje de éste, su índole, sus pasiones, sus sufrimientos, sus esperanzas”.

El mismo reproche a los que le precedieron en el género aparece en dos estrofas del poema, claramente intencionadas. Una es de la primera parte y dice:

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien obtenidas,
y que, después de adquiridas,
no las quieren sustentar:
parece que sin largar
se cansaron en partidas.

La otra, que leemos en *La vuelta de Martín Fierro*, repite el concepto más claramente aún:

Yo he conocido cantores
que era un gusto el escuchar,
mas no quieren opinar,
y se divierten cantando;
pero yo canto opinando,
que es mi modo de cantar.

Cantar aquí, no es simplemente *cantar* en el sentido poético. Hernández “canta opinando”, y su canto es la protesta contra la “política social” de su época. De ahí que provocase la reacción malhumorada de Mitre en su carta, donde también se insinúa la defensa de Ascasubi y del Campo. Por lo demás, si no significara lucha y polémica su cantar, perderían sentido e interés los versos con que se inicia el *Martín Fierro*, quedando reducidos a meros alardes de gaucho jactancioso. Hay un desafío claro en estas coplas primeras:

Mas ande otro criollo pasa
Martín Fierro ha de pasar.
Nada lo hace regular
ni las fantasmas lo espantan;
y dende que todos cantan,
yo también quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar,
y cantando he de llegar
al pie del Eterno Padre;
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra.
El cantar mi gloria labra,
y, poniéndome a cantar,
cantando me han de enterrar,
aunque la tierra se abra.

Y en estas otras:

Con la guitarra en la mano,
ni las moscas se me arriman.
Naides me pone el pié encima.
Y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en rodeo ajeno.
Siempre me tuve por güeno,
y, si me quieren probar,

*salgan otros a cantar
y veremos quien es menos.*

Sabe que no se le ha de dar cuartel, pero el peligro no lo amilana. No teme las represalias ni las venganzas de los poderosos y de los intrigantes: ni siquiera el destierro:

No me hago al lao de la güella
aunque vengan degollando.
Con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiendo.

Soy gaucho, y entiendanlo
como mi lengua lo esplica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor;
ni la víbora me pica,
ni quemá mi frente el sol.

En las coplas que siguen proclama altivamente su independencia. No le debe nada a nadie, ni pide nada de nadie, pero advierte que no es el odio lo que lo mueve a la lucha. Confundido ya con su héroe, símbolo de la nacionalidad desconocida, el relato de sus aventuras y sus desgracias será lo que explica la actitud militante de Hernández, su rebeldía de combatiente.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio.
Lo que al mundo truje yo,
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo.
No hago nido en este suelo
donde hay tanto que sufrir;
¡y naides me ha de seguir,
cuando yo remuente el vuelo!

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas,
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleó ni mato,
sino por necesidad;
Y que a tanta adversidad
solo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

Cuando Hernández escribió la primera parte de su obra, procuraba provocar —según nos lo dice Lugones— un levantamiento en las campañas de Buenos Aires contra el Gobierno del General Mitre, dentro del mismo plan revolucionario que animaba a López Jordán en Entre Ríos. De ahí, sin duda, su destierro de poco después, al fracasar la invasión del caudillo entrerriano.

De este modo se explica también que Hernández continuase su poema en París¹, donde vivió los años de su enterañamiento.

Las estrofas con que comienza esa segunda parte constituyen una reafirmación del mismo propósito de lucha que aparece visible en la anterior. La transcripción de sólo algunas bastará para demostrarlo.

Gracias le doy a la Virgen,
gracias le doy al Señor,
porque, entre tanto rigor,
y habiendolo perdido tanto,
no percí mi amor al canto,
ni mi voz como cantor.

El campo es del inorante;
el pueblo del hombre estruído;
yo que en el campo he nacido
digo que mis cantos son,
para los unos... sonidos,
y para otros... intención.

Y no piensen los oyentes
que del saber hago alarde;
he conocido, aunque tarde,
sin haberme arrepentido,
que es pecado cometido
el decir ciertas verdades.

Pero voy en mi camino
y nadie me ladiará;
he de decir la *verdad*,
de naides soy adúlón;
aquí no hay imitación
esta es pura realidad.

De naides sigo el ejemplo,
naide a dirigirme viene,
yo digo cuanto conviene,
y el que, en tal güella se planta,
debe cantar, cuando canta,
con toda la voz que tiene.

Hay trapitos que golpiar,
y de aquí no me levanto.
Escúchenme cuando canto,
si quieren que desembuche:
tengo que decirles tanto,
que les mando que me escuchen.

La payada de Martín Fierro con el Moreno, cuya figura episódica dentro del poema debe de tener, sin embargo, una significación representativa, sirve a Hernández para insistir, ya entre burlas, en su actitud desafiante. Así dice Martín Fierro, al comenzar, que "es deber de los cantores el cantar de contrapunto" y que "hace mal el que se niegue, dende que lo sabe hacer". Que "quien se tenga confianza, tiemple y vamos a cantar":

Tiemple y cantaremos juntos,
trasnochadas no acobardan —
los concurrentes aguardan,
y porque el tiempo no pierdan,
haremos gemir las cuerdas
hasta que las velas no ardan.

Y el cantor que se presente,
que tenga o no quien lo ampare,

¹ El autor de este valioso artículo está confundido: el exilio de Hernández transcurrió en el Estado Oriental, de 1873 a 1875.

aunque su saber sea mucho
no espere que yo dispare,
vamos, en el mismo pucho,
a prenderle hasta que aclare.

Todo el resto de la payada tiene, a no dardarlo, un doble sentido, difícil de percibir. No en vano dijo el poeta:

Tiene mucho que aprender
el que me quiera escuchar —
tiene mucho que rumiarse
el que me quiera entender.

Martín Fierro era un gaucho federal. Hernández no fue rosista en su juventud, pero sí hombre de Urquiza, cuando éste, quizá arrepentido de su obra, se había trabado en lucha con los hombres del partido unitario, sus adversarios de toda la vida. En la época de Don Juan Manuel nació y vivió, por lo demás, su primera juventud Martín Fierro. Lo recuerda con emoción y con nostalgia en el segundo canto del poema, como ya lo advirtió hace muchos años Don Ricardo Rojas.

La primera copla de ese canto parece ser una alusión a los gobernantes de la hora — antiguos emigrados en Montevideo, Bolivia y Chile — quienes, con tanta frecuencia, recordaban en sus alegatos retóricos las amarguras que habían vivido en el exilio. Termina claramente en una amenaza:

Ninguno me hable de penas,
porque yo penando vivo,
y naides se muestre altivo,
aunque en el estribo esté,
que suele quedarse a pié
el gaucho más alvertido.

La evocación de los tiempos felices, vividos bajo el gobierno del Restaurador, inspira al poeta conmovidas estrofas en que nos describe la vida de los gauchos en los campos y en las estancias:

Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía,
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
cómo pasaba los días.

¡Ricuerdo!... ¡qué maravilla!
cómo andaba la gauchada
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pa el trabajo;
pero al presente... ¡barajo!
no se la ve de aporriada.

El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo,
no le faltaba un consuelo,
y andaba la gente lista...
Tendiendo al campo la vista,
sólo vía hacienda y cielo.

Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
y después de un güen tirón
en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón.

Venía la carne con cuero,
la sabrosa carbonada,
mazamorra bien pisada,
los pasteles y el güen vino.
Pero ha querido el destino
que todo aquello acabara.

El contraste con los tiempos nuevos, los de los gobiernos de Mitre y de Sarmiento, aparece pintado con vivos colores:

Estaba el gaucho en su pago
con toda seguridad,
pero aura... ¡barbaridad!
la cosa anda tan fruncida,
que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridad.

Pues si usted pisa en su rancho
y si el alcalde lo sabe
lo caza lo mesmo que ave
aunque su mujer aborte...
¡No hay tiempo que no se acabe
ni tiento que no se corte!

Y al punto dése por muerto
si el alcalde lo bolea,
pues áhi no más se le apea
con una felpa de palos,
¡Y después dicen que es malo
el gaucho si los pelea!

Ahí comienzan sus desgracias,
áhi principia el perieón;
porque ya no hay salvación,
y que usted quiera o no quiera,
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.

La legislación rivadaviana de persecución al "vago" se había restablecido en todo su rigor inhumano. Con el agravante de que ahora se lo utilizaba en la guerra civil. Para engrosar sus ejércitos contra Urquiza, el general Mitre y sus amigos del gobierno ordenaban que se reclutaran "vagos" en toda la provincia. No existía tampoco otro sistema de leva para organizar la lucha contra el indio en las fronteras. El criollo no servía sino para esto, para guerrear por causas que desconocía, para conquistar nuevas tierras a las tolderías. Entretanto, los inmigrantes seguían ocupando las mejores zonas, como "civilizadores" del país. Al mismo tiempo la empresa conquistadora era considerada deshonorosa en sí misma, puesto que sólo se le destinaban los "viciosos" y "mal entretenidos". No concedía títulos ni derechos. Constituía el castigo impuesto a los malos ciudadanos. Y como éstos eran reclamados en grandes contingentes por las necesidades de la guerra, cualquier falta, de cualquier índole era suficiente para que se declarara "vago" al más laborioso. Cuando la falta no había sido cometida, se la inventaba. Esa era la misión de los comisarios de campaña y de los jueces de paz. En los fortines, los *milicos* eran estafados directamente por sus jefes inmediatos y los pulperos, siempre entendidos entre sí. Este sistema de corrupción en que consistía la verdadera barbarie nacional, era estimulado aún desde arriba por gobernantes que aceptaban todas las in-

justicias y cerraban los ojos a todos los latrocinios.

El poema de Hernández expresa, pues, en el arquetipo creado, la nostalgia y el abandono del hombre de nuestras tierras. Hijo del conquistador español, llevaba permanentemente dentro de sí el ansia de dilatar el espacio que lo limitaba. Y esa tendencia que, en su primitiva y auténtica significación, había expresado el deseo de agregar al mundo verdaderamente civilizado lo que era presa de la infidelidad y la barbarie, quiso interpretarse por los teóricos de la "pseudo-civilización" como una peligrosa tendencia a la vagancia. Desgraciadamente en eso podía degenerar el instinto conquistador del gaucho. Su atavismo lo llamaba a la aventura, al viaje continuo. Era *naturalmente* un hombre sin domicilio. Su vocación era un instrumento dócil para transportar la cultura a los pueblos que carecían de ella. Abandonado el gaucho —sin embargo— quitada su misión civilizadora, aislado de los que debían proporcionarle aquello que daba sentido a su existencia, y menospreciadas —sobre todo— las antiguas formas de vida por otras nuevas y engañosas, quedó solo, con su instinto aventurero y ambulante. Su sencillez le impedía ver —quizá— la profundidad y el alcance de estos cambios, pero su sensibilidad y su honor se sentían heridos por tal abandono. No obstante su aguda intuición, le habría sido difícil percibir los motivos de esta nueva actitud del hombre de la ciudad, por eso su soledad quedaba sin explicación y sin consuelo alguno. Sólo conocía la realidad de su miserable vida, colocada al margen de las sociedades por los gobernantes *cultos* y extranjerizantes.

Martín Fierro no es, sin embargo, sólo un lamento del gaucho abandonado y paria, es también —y fundamentalmente— un canto lleno de patriotismo y de lozana ingenuidad.

ROBERTO DE LAFERRERE publicó este magnífico ensayo en Sol y Luna, de agosto de 1941. Han pasado más de dieciséis años desde entonces y sus tesis se han visto reiteradamente enriquecidas con nuevos aportes de diversos hernandistas. Si bien algunos de sus pasajes han perdido fuerza, como consecuencia de una más amplia investigación sobre José Hernández y sobre el Poema (por ejemplo, eso de que el Martín Fierro sólo mereció el desdén de críticos y profesores de literatura, lo que no es verdadero), el enfoque sobre el contenido político de la obra viene a ser, en la pluma de Laferrere, el redescubrimiento de lo que vio el doctor Pablo Subieta en sus visionarios artículos de la segunda mitad de 1881. Tampoco compartimos la forzada identificación del pensamiento de Mariano Moreno con el de Rivadavia, puesto que el discutido Moreno no puede ser asimilado a la facción antihispánica.

Del americanismo geopolítico a la unidad de América

Por *FERMÍN CHÁVEZ*

“Un continente y otro, renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua”.

RUBÉN DARÍO.

“Debemos ir despacio porque estamos apurados”.

P. MICHEL J. P. RAMLOT.

1. INTRODUCCIÓN AL TEMA

EL tema de la unidad y de la integración de América tiene copiosa y buena literatura; y, al constatarlo, uno termina preguntándose por qué esa abundancia literaria contrasta con la pobreza en las realizaciones indispensables para que la abstracción ceda su lugar a la sustancia viva: al acto americano.

La misma comprobación nos lleva a sostener que hay un americanismo presente y perdurable a lo largo de nuestra historia, bajo doctrinas políticas multiformes; y, lo que es mucho más importante, un *americanismo vital* como lo llama Anselmo González Climent, en la asombrosa obra de un San Martín, de un Bolívar, o de un Artigas. Pero nada de esto ha sido suficiente para que nuestros pueblos recuperen la consistencia nacional que alguna vez tuvieron y que vinieron a perder en circunstancias históricas cuyos patrones han sido ya estudiados.

La letra sobre América es abundante, repetimos; pero nada ha podido impedir que, a esta altura de nuestro siglo, debamos afrontar una problemática sin opciones: la que definiríamos como *la desrealización de América*. De la “abstracción americanista” y de la América estratosférica debemos volvernos, necesariamente, hacia el continente corpóreo y viviente. Seguramente así podremos encontrarnos con la verdadera naturaleza de América.

O por lo menos con una aproximación aceptable y fecunda.

2. LA MATERIALIZACIÓN DE AMÉRICA.

ALGUIEN dijo que América no es más que el eco del viejo mundo y un reflejo de ajena vida: y esa afirmación —de Hegel— hizo fortuna hasta el punto de servir de impronta a toda una superestructura cultural que todavía nos agobia. Ignoramos cuál hubiera sido nuestra suerte en el

ámbito de las ideas y de la vida sin esa proposición del autor de las *Lecciones sobre la historia universal*; y sin el Tocqueville que calificara a la realidad política americana como inferior a la europea. Quizá, sin esa filosofía de la inferioridad americana que hizo carne en nosotros, hubiésemos emergido sobre la plataforma doctrinaria de un historicismo como el que iluminó los mejores momentos y las más lúcidas páginas de nuestro Alberdi.

Sobre la extensiva mancha de la inferioridad americana se fueron fundando las sucesivas formas de interpretación que conocemos bajo los nombres de *cosmopolitismo*, *panamericanismo*, *latinoamericanismo* e *indigenismo*, filiaciones parciales que comportan la materialización fragmentada de América. Julio Ycaza Tigerino ha demostrado como no somos “un simple campo de cita universal”; ni el americanismo geopolítico formulado por los norteamericanos Charles C. Griffin, Waldo Frank y Herbert E. Bolton; ni esa entidad proteica de un latinoamericanismo que tanto place a los afrancesados; ni siquiera el americanismo racial de Mariátegui y Haya de la Torre.

Sostenemos, con Jaime Delgado, que lo latino es para nosotros los americanos “un elemento totalmente secundario y adjetivo”. Somos Hispanoamérica porque *Hispania* y no *Iberia* fue el nombre sustancial que el Imperio Romano dio a la Península de cuya simiente nacimos a la historia. Pero, por sobre todo, somos una realidad cualitativamente nueva, formada tras un proceso de mestizaje espiritual que pone homogeneidad a la heterogeneidad continental.

Nuestro Alberdi, oscilante siempre entre el Historicismo y el Iluminismo, nos definió alguna vez como “europeos, greco-latinos”, pero no para inferiorizarnos sino para jerarquizarnos y cualificarnos frente a la concepción iluminista de la “barbarie” sudamericana e hispánica. Una aproximación a la realidad nos lleva a decir que somos, no una *prolongación* de Europa, sino una *continuación*, con caracteres propios, distintivos, en un

organismo complejo y múltiple, para el cual la geografía no sirve como base capital de unidad.

En suma, lo que importa —lo que nos incumbe por sobre todas las cosas— es pasar de las abstracciones a la realidad fenoménica que aún está lejos de justificar esa “unidad beatífica” a que se ha referido González Climent en su incisivo ensayo “*Argentina sin América*”. Bajo esta luz se vuelve más patente la indicación del padre Ramlot que nos sirve de acápite.

3. EL UTILITARISMO NO BASTA.

MÁS de medio siglo de predicación “panamericanista” ha caído sobre nuestra América como semilla sobre campo estéril, a la espera del milagro; y nadie duda ya que las dogmatizaciones de ese americanismo geopolítico no entusiasmarán en el futuro. Existen visibles escollos para que aquello sea, y dominándolos todos, el esencial *economismo* de la fórmula panamericanista. Una unidad concebida en torno a ideales utilitarios carece entre nosotros de futuro, porque carece del polo magnético indispensable para desatar las fuerzas potenciales de nuestros pueblos. En esto no podemos equivocarnos, desde que la historia nos ofrece lecciones precisas que nosotros a menudo olvidamos.

América, eso que los rioplatenses llamamos alguna vez la Patria Grande, pudo ser realidad victoriosa sólo en los momentos en que se impusieron las fuerzas centrípetas de nuestra interioridad. Aquí, en el Río de la Plata, esa corriente histórica se denominó “federalismo”, tras la constitución de la Liga de los Pueblos Libres tutelada por Artigas. Y no fueron otras las intuiciones que dieron pábulo a las respectivas empresas de los libertadores San Martín y Bolívar. Tal empresa nacional americana sólo pudo ser derrotada gracias a la noche de funestas deserciones y de poderosos factores extracontinentales. Los últimos momentos de San Martín en tierra americana —ese San Martín que quedó solo, sin respaldo para su empresa— pusieron en evidencia que la Patria Grande entraba ya en la etapa de su fragmentación, estimulada por poderosos intereses no americanos.

Influencias extracontinentales y desgraciadas deserciones hicieron fracasar la tarea de Bolívar en el Congreso de Panamá, del que debió surgir la Confederación de las Naciones de América Hispana. El gobierno argentino, por entonces en mano del partido localista y portuario, se opuso a la unión de los nuevos Estados libres y a la postre se convirtió en instrumento de la Santa Alianza. Desde entonces América es una gran nación fragmentada, que experimenta la necesidad de su integración y que, al mismo tiempo, no logra determinar los ideales y la instrumentación que demanda la tarea histórica de unidad.

Reconocer los escollos subsistentes que se oponen a esa unidad no solamente no significa que neguemos la necesidad de la gran empresa conti-

mental, sino que implica llevar el problema a sus términos reales, sin concesiones al americanismo estratosférico de ciertas reuniones internacionales.

4. LA UNIDAD COMO NECESIDAD.

NUESTRO poeta José Hernández, en un texto de 1881, escribía lo siguiente: “El *lepero* de Méjico, el *llanero* de Venezuela, el *montonero* del Ecuador, el *cholo* de Perú, el *coya* de Bolivia y el *gaucho* argentino, no han saboreado todavía los beneficios de la independencia, no han participado de las ventajas del progreso ni cosechado ninguno de los favores de la libertad y de la civilización”. Y esta comprobación hernandina, ochenta y siete años después, sigue teniendo *mutatis mutandi* una dura vigencia.

A nuestra situación de países inferiorizados, de Estados atomizados y de naciones que vivimos una soberanía hipotética, se suma la diversa ponderación de nuestras economías nacionales. Como objetivamente lo ha señalado el padre Michel Jean Paul Ramlot, en Hispanoamérica “hay economías viables y no viables”, lo que significa que muchos de nuestros países necesitarán integraciones regionales para poder sobrevivir. “*Los dieciocho países latinoamericanos pequeños* —ha dicho el estudioso nombrado— *y los tres medianamente grandes no tienen mucho porvenir, en este momento, sobre todo si tenemos en cuenta que el factor principal del desarrollo escapa a su dominio por la atomización. El desarrollo es fundamentalmente técnico y ello no está en nuestro poder porque somos importadores de tecnología*”. Y no hay perspectivas de que la tecnología cueste menos que hoy en el futuro; antes al contrario, en este campo, habrá de agudizarse el deterioro en los términos de intercambio.

Haciendo hincapié en esta faz de nuestras limitaciones nacionales, observemos, con Ramlot, que ha llegado la hora de repartirnos el trabajo: que cada país hispanoamericano fabrique una lista de productos tecnológicos, pero con sentido de integración. Podemos movilizar la cooperación técnica en los organismos regionales y utilizar el capital intelectual de que disponemos, sin necesidad de recurrir a expertos extranjeros caros, ya que hay suficiente capacidad técnica latinoamericana. Desde luego, esta empresa presupone un incremento del poder de negociación y de financiación a nivel regional y continental.

Para nosotros los hispanoamericanos, la técnica aparece dominada por un sentido *fáustico* y por una voluntad de poderío que nos choca anímicamente. Por tanto, debemos imprimir a la técnica una nueva orientación, así como tan certeramente lo ha señalado Julio Ycaza Tigerino. Ella deberá estar animada “por un espíritu distinto, no de explotación ni de utilitarismo, sino de expansión del alma colectiva de la cultura del pueblo”. Solamente así nuestras masas “encontrarán el necesario impulso interior para apreciar el valor de

la técnica y para utilizarla como instrumento efectivo de recreación de la cultura en un sentido más amplio y más integralmente humano". No debemos, ni podemos, renunciar a la técnica. Neguémonos a dejarnos atrapar por el esquema del *homo faber* y de su ideal utilitario, pero no desechemos una instrumentación que ha de ser nuestro medio de liberación económica y social.

5. AMÉRICA ES SU INTERIORIDAD.

NUESTRA tarea primordial es la de cambiar el sentido de *inferioridad* por el de *potencialidad* de los americanos. El paso previo para lanzarnos a la historia consiste en transformar las inhibiciones que nos fueron impuestas en fuerzas sociales dinámicas. Porque América está sobre todo en su interioridad: en esa "América continental" de que habla el paraguayo Ezequiel González Alsina, y no en la otra, históricamente colonial, la "costera" o "portuaria". Además, porque nuestro

enemigo no está dentro de América, debemos terminar con rivalidades regionales inauténticas, producto casi siempre de intereses minoritarios, o a veces meros resabios del pasado.

El padre Ramlot ha dicho recientemente: "*Sin antelación del cambio mental no se puede asumir el proceso de cambio*". Lo que significa para nosotros, que antes que la unidad de América como hecho ella debe estar en la inteligencia, en la conciencia y en la voluntad de nuestros pueblos. Esa unidad y esa integración, que constituyen ideal y necesidad del continente, serán el fin y no el principio de la revolución americana pendiente. Y lo serán en la decisión de pueblos y gobiernos auténticamente nacionales y representativos.

La problemática sigue siendo la misma de hace 130 años, cuando nuestro Alberdi escribía sabias palabras como éstas con que quiero cerrar las presentes notas: "La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín. La filosofía americana, la política americana, el arte americano, la sociabilidad americana, son otros tantos mundos que tenemos por conquistar".

Don Segundo se engulle el caballo

Por FRANCISCO J. MUÑOZ AZPIRI

PACO MUÑOZ AZPIRI —*prosista, dramaturgo y hombre de los cuadros nacionales surgidos en 1943— se nos fue súbitamente en este otoño de 1968, el 22 de abril, cuando compañeros y amigos esperábamos aún importantes frutos de su inteligencia argentina. No fue Francisco Javier Muñoz Azpiri un hombre fácil y podríamos recordar de él una variedad de anécdotas —entre ellas, algunas que le oímos contar a la propia Eva Perón—, que nos lo mostrarían en facetas netas de su personalidad. Sin tiempo para más, en esta ocasión, que para recordarlo, hemos querido ofrecer una de sus tantas páginas dispersas en diarios y revistas que nunca su autor recogería en libro. Son páginas de fresca y argentina prosa, sin la carga expresiva de los relatos de La tierra embarcada, su libro de 1948, pero que pertenecen al mejor estilo de quien se preocupó tan poco de sus textos. — F. Ch.*

SORPRENDE que la intervención federal de una provincia argentina haya dado curso a una solicitud para faenar carne de potro. Y sorprende y amilana, hasta llegar a tantearse los vacíos angustiados, que la solicitud haya partido de San Antonio de Areco, nombre de resonancia simbólica.

Pero el trámite se ha dado, el permiso ha sido resuelto. Los gauchos guardan ahora un montón de carreras de mi flor, que nunca serán corridas. Y una serie de corcovos y alces de patas, y remolinos de tierra, que nunca van a ser vistos, resoplones, que nunca van a ventear huella. ¿Valía la pena siquiera comer alguna vez, para llegar a la postre a hacer diente en la propia entraña? ¿Es posible devorar el signo del desierto? ¿Resulta decoroso meterle cuchillo a un trozo de la propia raigambre?

Cuando me dijeron que iban a faenar caballos de Don Segundo, pensé en Güiraldes y en las patriadas antañosas. Tenemos que estar muy hechos a la necesidad de vivir en crisis, para no hacerle

ascos y remilgos religiosos a un sacrilegio semejante.

A mí me dijeron de chico que no es para todos la bota de potro. Ahora veo que, al menos, va a ser para alguien la carne de potro. Pronto vamos a tener parrillada de lomos de pingo joven y caracolero. La barriga nos va a convidar a ensayar corcovos, y en la digestión vamos a dormir una inquieta siesta de meneos crinudos, montaraces, llenos de salpicón de barro y de viento en las orejas.

Es fantástico, desde el punto de vista de la alegría criolla, que un pueblo pueda comerse sus propios símbolos. Claro está que también el laurel sirve para aderezar guisados. Pero hay una resistencia formal a pensar que Don Segundo Sombra desmonte y churrasquee su pingo. ¡No! ¿Cómo habría de cercenarse la carrera y el voleo de un potrillo sólo por cumplir esa tediosa y hasta insignificante ocupación de comer?

Venimos de una raza donde todo es noble, desde los caballos a los hombres. Pero los hombres se lapearon, y los caballos tuvieron el doble trabajo de perpetuar la excelencia propia y la ajena. Estaban aún en eso, cuando ahora llaman al gaucho para que el pobrerío resuelva su puchero. Es una mala pasada de esta generación cuyo mayor pecado, en el orden criollo, es "no saber de caballos". No sentir el caballo. Haber desarraigado la noción del caballo y la cuantiosa serie de posibilidades emocionales que despierta el caballo.

El decreto de venta aclara que la carne de potro era el común alimento de los aborígenes, y que sus alternativas digestivas serán bien soportadas. El indio le pegaba el diente a todo cuanto se movía sobre el desierto. Aquí se cumple el axioma criollo del destino del bicho que camina. Pero el indio es irracional, es la naturaleza misma, revestida de atributos apenas humanizados. Fierro cuenta degüello de cautivas. El indio cuerea y mata. Y el potro joven no está apenas diferenciado de esa verdad salvaje que propone el exterminio sin discriminación. Para el indio, el caballo no ha alcanzado aún el simbolismo natural, casi místico, con que el gaucho saca al animal de su aspecto doméstico. Frente al caballo criollo estamos frente a la revelación de una adoración primitiva. El potro cimarrón, de fortín afuera, coceador y crinado, no es un bien mostrenco, como la vacada chirle. El caballo pertenece a Dios, que ha hecho en el mundo el orden jerárquico natural entre amos y esclavos. Entre animales con aspiración dominadora —el hombre— y animales con fatalidad servil, como el buey.

Casualmente cuando falla el caballo, la vida del gaucho pierde su dimensión transcendental. El hombre de a pie es un mortal cualquiera, carne de redada electoral o motivo de desafuero para un juez de paz. El hombre a caballo —potro y hombre— es un tumulto rebelde. Hay estratos históricos —nosotros tenemos el nuestro— donde el hombre de a caballo se posesiona de su ministerio ejecutivo y acude a escribir su testimonio de existencia. Hasta en el trasmundo, nuestro gaucho debe tener asegurada su participación de potro y hombre. La eternidad no debe de ser tan poca cosa

que obliguen a desmontar a la entrada, como en cualquier romería.

No sé si andaremos tan mal de vacas, como para apelar al potro. Quizá hay aquí un motivo recóndito, una oposición anticriolla manifiesta, de la que el pobrerío gauchesco de San Antonio de Areco saldrá huyendo como de guacho sin cristianizar. Yo no creo en mi gente alta, pero creo y fío en la baja la que hizo setenta años de patriada lírica y hambrienta, sólo por afirmar su solidaridad con el caballo. Ningún gaucho pobretón va a empeñar el crucifijo de plata boliviana sólo porque falte carne para el puchero. Nadie se atrevería con un signo religioso. No creo que le metan el diente al potro sabiendo que se están churrasqueando la emoción de una partida de cuadrera, remolinada de sangre y sol.

Sería triste saber que nuestro pueblo empieza a devorar sus propios símbolos. Que Don Segundo Sombra carnee y venda el pingo, compañero de alertas y fracasados. Sobre todo cuando ni siquiera hace falta llegar al sacrilegio, por la necesidad de sobrevivir.

Está bien que el criollo haya quedado sorprendentemente desprovisto de su tropilla augural. No discutamos si es justo o injusto. Pero, al menos, no le hagamos tan crudamente una tal incitación al canibalismo. Nadie podría roerse sus propios garrones voladores. Hay gente que no se olvida tan fácilmente de su consaguinidad natural con la aventura.

En las entrañas del potro que nos proponen churrasquear seguimos viendo el augurio final de un renacer criollo. Sería como tragar la propia sombra. Como masticarse un galopar de siglos no corridos.

HISTORIA ARGENTINA E
HISPANOAMERICANA

POLITICA ARGENTINA E
HISPANOAMERICANA

LITERATURA ARGENTINA E
HISPANOAMERICANA

Solicite sin cargo, nuestros catálogos

Importación y exportación

LIBRERIA HUEMUL

Avda. Santa Fe 2237 83-1666 Buenos Aires

Poesía y Revolución Nacional

Por ALEJANDRO SÁEZ GERMAIN

Per trionfare o Cesare o Poeta. 3-I-29.

LA Nación Argentina enfrenta hoy la coyuntura ineludible y definitiva: o triunfa el hecho y la mentalidad colonial, ocupante del Estado desde la caída de Juan Manuel de Rosas—con paréntesis de intención nacional frustrados—; o nace definitivamente a la vida soberana, al desafío antiguo y futuro de la misión histórica, a través de la *Revolución Nacional* que retome el Estado ocupado y lo constituya en “órgano de síntesis, conciencia y mando” de nuestra comunidad.

Las trincheras ya han sido cavadas con la suficiente hondura y con encomiable tesón por ambos bandos, pues dos son, al fin. Y aquí (Argentina) y ahora (1968) toda acción nacionalista debe tender a un único y fundamental norte: la Revolución. Y es evidente que así lo entiende, luego de la vasta experiencia obviamente no acumulada en vano, la nueva y tensa minoría que se insinúa ya como vanguardia de la voluntad nacional.

En esta vigilia última, donde se observan ahora vestigios de madrugada bélica, no puede caer en descuido ninguno del pequeño núcleo de elementos vitales para la arquitectura de la Victoria: es imprescindible una estoica inspiración católica, una clarísima conciencia histórica, una rígida y adecuada doctrina política, una eficaz estrategia que contemple objetivos y planes. La cirugía que necesita la Patria no será, de ninguna manera, producto de la improvisación rápida y fácil, y mucho menos hija de la amable y estomacal política de la componenda. El régimen —¡veámoslo claro!— dista mucho de ser débil y agónico, como algunos pretenden; y el marxismo, su continuidad lógica, se encuentra —en sus últimas versiones para consumo sudamericano— enérgico y audaz.

El nacionalismo argentino, si pretende triunfar, deberá *primordialmente* insuflarse de mística, de una vocación de grandeza que supere y haga inútil, en la práctica, la que posee el enemigo. Debemos cumplimentar lo que León Degrelle llamaba *paso previo y elemental*: la Revolución de las Almas, grandiosamente individual

y grandiosamente comunitaria, que hace Verdad con mayúscula las declamaciones teóricas y esculpe el hombre íntegro de la realización: el *mitad monje y mitad soldado* que quería José Antonio; la *juventud con dureza de acero, pasión de futuro, nobleza de santo y honor de guerrero* que llamó Alfredo Ossorio.

Es en la creación de esa Fe, de esa mística fundamental, de esa Revolución insustituible, donde desempeña un papel imprescindible la *Poesía*. En esta etapa decisiva, el nacionalismo —depositario de la esperanza argentina— necesita una poética revolucionaria que hasta el momento no posee.

Por cierto que no faltarán plumíferos, esos seres sin posibilidad de amor ni temperatura, que asignen a la poesía una misión diferente, clamando contra la intromisión de la política en el arte, o cosas parecidas. Por ello, antes de entrar de lleno en el tema, y a manera de segundo epígrafe, vamos a citar las palabras del gran poeta portugués Guerra Junqueiro contestando a Miguel de Unamuno:

No, no es posible; si un hombre no siente lo que tiene en derredor, lo concreto, lo tangible, la Patria, podrá ser un gran filósofo, quizá un gran pensador, un gran sociólogo, pero jamás un poeta (1).

*

Toda comunidad trascendente ha cantado su gesta. Italia sería incomprensible sin Dante, Carducci y Gabrielle D'Annunzio; también lo sería España sin el anónimo del Cid, o Alemania sin Heinrich von Kleist y Uhland. Es —íntimamente— necesario a la empresa guerrera que es el lanzarse a conquistar el destino histórico, el canto también de guerra que, naciendo de la potencia del espíritu vibrante y de la fuerza de la sangre y la tierra, configure el más imperecedero estandarte de la epopeya.

(1) Citado por M. de Unamuno en *A propósito de Carducci*.

*

La magnífica resurrección Europea de los años 30 —ahogada luego en sangre por la presión de la triple alianza capitalista, bajo inspiración del “Becerro de Oro”— poseyó al mundo de toda una nueva poética. Cuando Nino Oxila escribía en la primera hora del Fascismo:

*...siam falangi audaci e fere,
pronte a osare, prone a ardire.*

entregaba al movimiento la herramienta de lucha más efectiva: *La Giovinezza*, algunos años después, hará incontenible la *Marcia su Roma* de los Camisas Negras ².

Proceso idéntico ocurrió en Alemania, donde una avasallante y hermosa poética presagió la indomable bravura —confirmada hasta el último testimonio— de la juventud nacionalsocialista: recordemos el *Horst Wessel Lied*, los poemas de Baldur von Schirach:

*¡Arriba! Más arriba aún levanta la enseña,
Levántala aún cuando muchos deban morir.
En su llamado un llamado de fuego,
La misión de la nueva Alemania* ³.

En España, la Reconquista azul tuvo también un cielo de estrofas que sintetizaron la vocación trágica y alegre, a una vez, del espíritu hispánico:

*Cara al sol con la camisa nueva
que tú bordaste en rojo ayer,
me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver.*

Francia había sido, quizás, el más lejano antecedente del nuevo tiempo con su poesía fervorosa y destilada, que sólo llegó a minorías. En 1919, Drieu La Rochelle, cual profeta, escribía:

*Conozco la vanidad de mi grito: exalto la guerra
porque está ligada a la grandeza.*

*La guerra hace estallar como una virginidad la
grandeza de un pueblo joven, u hostiga hasta
el fin el entorpecimiento de un pueblo que culmina* ⁴.

Y, aún ante la certeza de la derrota, sobrevivió a la muerte el “impulso vital” del despertar Europeo: recordemos los *Poemas de Fresnes*, de Robert Brasillach; recordemos:

(2) Varios ensayistas analizarán, muchos años más tarde, el papel esencial que desempeñó, en el fracaso militar italiano de la IIª Guerra, la ausencia de una poética de intención bélica a la manera de la que tuvieron en la Iª Guerra.

(3) Del *Cancionero Nacionalsocialista*.

(4) De *A vosotros, alemanes*, de Pierre Drieu La Rochelle.

*El fascismo es la poesía del siglo XX. Me digo
que esto no puede morir* ⁵.

Hubo alma para tal gesta; hubo poesía, viento y combustible del alma.

*

Un ejemplo más cercano del magnífico poder de la poesía es la Revolución antibolchevique húngara: se inició ante el monumento de Pitoeff, el gran poeta nacional de Hungría, con el recitado popular de sus poemas.

*

La poesía no surge como un producto de laboratorio, ni se la puede convocar a formar filas con empresas inauténticas. La poesía es, en principio, auténtica a rajacinchita y espontánea como la muerte heroica, con esa espontaneidad que convoca siglos de honor, con esa autenticidad que tienen la tierra y la rosa y el corcho. A la poesía no se la inventa ni se la falsifica; la buena es inmortal y nos pondrá siempre en alas del más puro furor o la más pura emoción o el más puro sueño. Nos resucitará el sentido de caballería de la niñez, por siempre; imposible hartarse de poesía como es imposible hartarse de leer el mar y el cielo o de soñar. Nos forja, nos jerarquiza, nos arrastra a la acción y santifica luego, en llama eterna, nuestra victoria o nuestra derrota. Es:

...el dolor antiguo de saber que la vida nos acerca
[ca a la muerte
Y el dolor de saber que la muerte nos levanta a
[la Vida
Y el dolor de ser débil y el dolor de ser fuerte.

Es el orden que acaba y es la imperiosa necesidad
[de imperio
Y es la necesidad de despertar con los clarines la
[esperanza dormida
Y es la tentación del revólver y la tentación del
[monasterio.

*Es la llama comedida del cirio
Y es la llaga que relumbra en el pecho
Como una condecoración de martirio.*

*Y es el lirio quemado por el sol implacable
Y es el cielo deshecho
Y es el dolor rotundo de saberse inútil e irremplazable* ⁶.

Así, como *El Emperador* de Anzoátegui, es la

(5) De *Carta a un soldado de la Clase 60*, de Robert Brasillach.

(6) De *El Emperador vuelve del destierro*, de Ignacio B. Anzoátegui.

L A M I N A S

del Brigadier General

DON JUAN MANUEL DE ROSAS

Cuidadosamente impresas a seis colores en offset, formato 33 x 25.

Precio \$ 100.—

Pídala enviando su valor en cheque, giro o estampillas postales (certificadas, enviar \$ 40.— más).

EDICIONES NUESTRO TIEMPO

Rivadavia 1255, 4º 406

Buenos Aires

poesía: síntesis, belleza, exaltación de lo mejor y de los mejores, historia y futuro.

La poesía que se inventa o se falsifica no es poesía. Sirve para torturar alumnos primarios. Se echeverriza, trastabilla y muere para siempre: generalmente se la entierra en el cementerio de Calixto Oyuela.

*

La Nación Argentina ha tenido —y tiene— poesía. Pero hemos llegado a los días en que se presiente una nueva poética, bélica, de irrupción del sueño de siglo y medio que será mañana realidad. El poema de mochila, revolucionario, necesario: el vino más fuerte del descanso. Esa poética será la bandera más bella de la gesta, un alcázar invencible con un ejército de muertos por la Patria, de creadores, de sueños, amores, corceles y azucenas. Esa poética presentida será la síntesis, la razón, la explicación de nuestra actual incompletitud poética.

Sostiene el Padre Castellani que hubo en la Argentina dos poetas y medio: José Hernández, Leopoldo Lugones —los dos— y el medio todos los demás. Afirmación, hasta hoy, del todo cierta. Los dos poetas son los cimientos-guías, el trazado de toda nuestra futura poética. Tanto Hernández como Lugones son genuinamente nacionales; ambos son, también, rebeldes al régimen —que los ahoga finalmente—. En Lugones, la frustración de la Patria es una queja, un dolor inmenso, un no saber con certeza hacia dónde ir, un automataarse sin concluir: sin dar todo lo que hubiera querido. Lugones es el símbolo triste, siempre vivo, de nuestra mutilación, de nuestra incompletitud actual. Es también, raigalmente, un legado y un compromiso para los mejores.

Hay más, ilustres jalones hacia la cima: aún a riesgo de ser injustos, creemos especialmente mencionables a Ernesto Palacio, Lisardo Zía, Ignacio B. Anzoátegui, Leonardo Castellani, Fermín Chávez y Leopoldo Marechal —entre una selecta legión de poetas nacionales. Todos nece-

sariamente incompletos, orgullosamente parciales: algunos en el marco elogiabile pero riguroso de la poesía religiosa, otros transitando un sendero excesivamente hispánico, otros tristemente extraviados en la frivolidad, y otros que aún no quedaron toda su pólvora...

Se llega, sin embargo, a una envergadura notable:

...Y así les hablé yo a los albañiles:
“La Patria es un peligro que florace
niña y tentada por su hermoso viento,
necesario es vestirla con metales de guerra
y calzarla de acero para el baile
del laurel y la muerte”⁷.

*

Corresponde a nuestra generación concluir la tarea. Debemos ganar la guerra, arrancar del silencio a los que nos precedieron en épocas duras y misionales, enlazar en obra maestra toda la grandeza de nuestra Argentina. La poesía ha de ser la Verdad de nuestro empeño: o Victoria o fracaso definitivo; ausentes los resultados tibios, la mediocridad, los pactos.

Nadie se atreve a cantar el orgullo de Krieger Vasena o la vida militar del general Alsogaray. La mini-poética con que aún cuenta el régimen se dedica a inexplicar inexplicablemente todo, a exaltar los combates sexuales o a plagiar algún francés desconocido y llamar la atención de los insomnes lectores del rotograbado de *La Nación*.

Únicamente los herederos del liberalismo tienen tema: el heroísmo vietcong o el del *Che* Guevara, por ejemplo. Claro que son casos más o menos lejanos que ellos se dedican a exaltar, pero se cuidan mucho de imitar. Y exaltan mal, desarticuladamente, femeninamente, eróticamente: ¡oh, los limitados intelectos de nuestros universitarios de izquierda, que se creen guerrilleros porque usan borceguíes y se acuestan tarde! Ellos olvidan —sistemáticamente siempre— la amplia legión de héroes *nuestros*, de mártires *nuestros*, que va desde el coronel Dorrego hasta Bertoglio, Giardina y Militello, pasando por el coronel Chilavert, Martín Santa Coloma, el *Chacho* Peñaloza, el mismo Leopoldo Lugones, García Montañó y de Santiago, Darwin Passaponti, el general Valle... ¡Tantos!

Nuestros poetas —que como todos los grandes poetas, serán también hombres de acción— cantarán la Revolución Nacional. Esa Gran Gesta que ya es presagio, casi certeza. Esos días que serán símbolo, síntesis de cincuenta años, mañana luminosa de azules y blancos, sangre de nuestros Caídos, sueño militar de los que esperan —quebrados, gastados, quemados por su sueño— en el cielo y en la tierra.

(7) De *Descubrimiento de la Patria*, de Leopoldo Marechal.

“En la plaza de Salta se oyeron ayes...”

Por GREGORIO A. CARO

EL año pasado se cumplió el centenario de la entrada de las fuerzas de Varela a Salta. Con justificado fatalismo se produjo la reiteración de viejos lugares comunes. Si bien un siglo es ya distancia suficiente para apreciar en perspectiva aquellos acontecimientos, las incursiones sobre el tema reincidieron en lamentables versiones libres donde se encontraron confundidos elementos históricos, folklóricos, de leyenda o tradición oral. Las malezas que cubren el campo no obedecen a negligencia intelectual alguna. Pues premeditadamente folletinistas de última línea explotan el episodio histórico colocándolo tiranamente al servicio de sus lamentables incursiones literarias. Por allí anda un folletín de esos queriendo hacer de Varela un ambicioso y audaz aventurero buscado por la ley. Es una joya semiliteraria semihistórica con algo de psicoanálisis de entrecasa¹.

Al margen de esas versiones, y como imperativo de la historia, surge la necesidad de deslindar el campo histórico de la leyenda y enfocar el episodio sin resentimientos centenarios. Volviendo así la mirada hacia el pasado, es como podemos comenzar a entender al país y pensarlo en serio.

EL ESCENARIO DE LAS LUCHAS

Es curioso que las referencias a la aparición de Varela estén mágicamente despojadas de todo elemento que contribuyera a la inserción del personaje en la historia. Y el procedimiento es inteligente pues de esta manera se puede presentar a Varela no como un personaje de la historia política sino como un bandolero de prontuario policial. En esto no hay ninguna tesis forzada. En la correspondencia oficial de la época de los calificativos del mitrismo hacia Varela variaban continuamente. Unas veces era el “traidor a la

¹ Hacemos referencia al librito de J. Ríos titulado “Tiempo de Felipe Varela”, editado en 1962.

Patria”, o “bandido” y “caudillejo”. Esa calculada confusión fue explotada sabiamente ocultándose así la significación de las montoneras varelistas. De los actores que han aludido el tema son pocos (por no decir ninguno) los que citan la proclama de Varela. El compilador Centeno la transcribe sin comentarios aunque más adelante guarde las espaldas a Mitre protegiéndolo de los “infundados” cargos del caudillo. Es que la sola lectura de la proclama conmueve las bases mismas de las versiones folletinescas y da lugar a indagar el tema por otras latitudes. Lástima que los detractores sean discutidores del monólogo. Un testigo y soldado de las trincheras salteñas dice al final de su folleto que “Varela no era un caudillo vulgar ni su plan de invasión respondía al pillaje, sino a elevadas aunque no dignas miras políticas². Atilio Cornejo sostiene que los móviles de Varela obedecían a loables fines federalistas aunque no compartía algunos aspectos del movimiento. Queda perfectamente aclarado que Felipe Varela se levanta en armas obedeciendo a bien concretos objetivos políticos que explica en su impecable proclama dirigida a los pueblos americanos.

TRASFONDOS QUE NO SE VEN

En otros artículos hemos esquematizado, para sintetizar, los hechos que precedieron a la guerra del Paraguay. Estaba ligada a todo un ciclo de política internacional y al destino trágico que Mitre había impuesto a las provincias del interior. La alianza se había consumado como parte de un plan deliberado de echar abajo el proyecto modernizador de Solano López. En la guerra, el 75 por ciento de la población paraguaya había sido exterminada. Un británico³ percibía la íntima conexión entre la aparición de las montoneras en

² Escipión Cornejo. “La verdad histórica”, Salta, octubre de 1907, página 20.

³ H. S. Ferns: “Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX”. Cita la carta del ministro Mathew a Stanley, página 326. Ed. Hachette.

1867, la guerra del Paraguay a lo que se agregaba la influencia de capitales extranjeros, inmigración y ferrocarriles. A ello se suma el asesinato del Chacho y la ruina creciente del interior cuyo aislamiento se hacía más penoso al producirse el definitivo predominio de la ganadería en el litoral, y la consiguiente apertura a la producción extranjera. Varela comprendía muy bien estos pasos de la política mitrista que confiscaba la renta del país entero para crear en Buenos Aires un barniz europeo derrochando ingentes sumas en “embellecer sus paseos públicos, en construir teatros, en erigir estatuas y en elementos de puro lujo”. Ahí está —dirán a coro los detractores— la barbarie que se opone al progreso. ¡Y ocultarán el hecho de que el programa de Varela coincidía con el de tantos intelectuales de Buenos Aires y hasta de Juan Bautista Alberdi! “Buenos Aires es la metrópoli de la República Argentina, como España lo fue de América del Sur” dice en párrafo casi calcado de los escritos de Alberdi en su campaña por la federalización de Buenos Aires. Este “bárbaro” citaba la correspondencia del ministro inglés en Buenos Aires a Lord Russell miembro del parlamento londinense, al que informa que “por ahora” Mitre y Elizalde no pensaban anexar el Paraguay a la Argentina. El desastre de Curupaytí inmoló en la guerra localista y facciosa de diez mil soldados argentinos que eran arrastrados a los campos de batalla. El gobierno se empeñaba en mostrar a esa guerra de sector en una campaña nacional, aunque tuviera que aniquilar las expresiones de oposición interna. En Mendoza se produce una sublevación que pronto se extenderá a otras provincias, Castro Boedo, el doctor Carlos J. Rodríguez, Juan Saá, Juan de Dios Videla, Aurelio Salazar y otros serán jefes de los alzamientos federales. Algunos gobernadores apoyan a los revolucionarios y en San José, el general Urquiza vacila entre dos aguas. Varela lanza su proclama y dice “el pabellón de Mayo que radiante de gloria flameó victorioso desde los Andes hasta Ayacucho, y que en la desgraciada jornada de Pavón cayó fatalmente en las ineptas y febrinas manos del caudillo Mitre —orgullosa autónoma del partido rebelde— ha sido cobardemente arrastrado por los fangales de Estero-bellaco, Tuyutí, Curuzú y Curupaytí”. ¿Qué dirán de esta prosa los letrados enemigos de Varela?

VIENE A SALVAR LA PATRIA

¿Quién era este coronel? ¿De dónde venía? Las versiones mal intencionadas y peor fundadas pretenden disminuir a Varela atribuyéndole nacionalidad chilena. Nada más falso, ya que una tradición oral expresa: “De Chile salió Varela / y vino a la patria hermosa / aquí ha de morir peleando / por Vicente Peñaloza”. Y sabemos, además, que era catamarqueño de Valle Viejo na-

cido más propiamente en Huaycama en 1821. Combatió contra Rosas, pasando a Chile a exiliarse con el Chacho a cuyas huestes se incorporó después de Caseros. En Pavón está al lado de Urquiza, y posteriormente obtiene el grado de coronel. Asesinado el Chacho se exilia nuevamente en Chile de donde retorna a luchar contra el saqueo mitrista. Alguien lo ha descrito como “alto bizarro”, criado sobre un caballo, enjuto, alimentado a carne y mate, sobresalían en su fisonomía grave pómulos rodeados de una espesa barba”. Su proclama de diciembre de 1866 sirve para echar luz sobre los móviles de la revolución montonera cuyo jefe expresaba la resistencia de las provincias a la usurpación de las rentas aduaneras por parte del gobierno central, ligando al régimen anterior a Caseros como integrando el mismo “centralismo odioso de los espurios hijos de la culta Buenos Aires”. Práctica estricta de la constitución jurada, orden, paz y amistad con el Paraguay y Unión Latinoamericana eran puntos claves del pronunciamiento varelista. Las primeras acciones de Varela le son favorables pasando inmediatamente a Jachal, cuando las noticias de los otros movimientos eran optimistas. San Juan y San Luis están en poder de Saá y Videla, mientras que pronto se suman Mendoza y La Rioja bajo dominio de las fuerzas federales. El ejército precario de doscientos hombres se multiplica por adhesión espontánea y llega a sumar cuatro mil hombres mal armados. Varela había causado preocupaciones al gobierno riojano cuando conversaba en las chacras de la ciudad con jefes federales “y toda la chusma que se le agrega, donde gritan públicamente contra los liberales y prestigian a los federales”. Mitre deja el campamento de Tuyutí para organizar tres cuerpos de ejército y sofocar las rebeliones provinciales. En tanto Varela se enfrenta en Pozo de Vargas con Taboada. Batalla que servirá a la frondosa imaginación de los litógrafos escolares presentando a la lucha un mitológico triunfo musical. Hasta la letra de la zamba fue falsificada, y de las 37 versiones conocidas la mayoría favorecen a Varela y aún se canta en La Rioja. Una de ellas decía: “Viva el genera! Varela / por ser un jefe de honor / ¡Que vivan sus oficiales! / “Viva la federación!”⁴.

SALTA EN OCTUBRE

La entrada de Varela a Salta ha dado lugar a escritos donde se desdibuja intencionadamente la significación de la montonera. Se liga su figura a un apocalipsis semejante a las desmesuradas leyendas sobre Esteco o los terremotos posteriores. Los estereotipos fabricados omiten señalar varios hechos. En primer lugar Varela confiesa

⁴ Sobre las distintas versiones de la zamba de Vargas consultar al cancionero de Olga Fernández Latour; Revista “Sustancia”, N° 18, y artículo de Alen Lescano en “Imagen”, abril de 1967.

que al llegar a Salta “no me llevó el ánimo de ir a apoderarme de un pueblo sin objeto alguno, no. Marchaba en busca de pertrechos bélicos porque era todo cuanto necesitaba para triunfar de los enemigos que me amenazaban, y obtener una posición ventajosa sobre el poder de Mitre”. Varela, en la misma versión, habríase precipitado de imprevisto sobre la ciudad indefensa y saqueado sin misericordia a su pacífico pueblo. Como imagen épica puede pasar, como historia no. Un año antes del 10 de octubre se preparaban en Salta fuerzas para defensa a un posible ataque. Este singular “bárbaro” tenía gestos más caballerescos que los usados por Taboada. Y en ocasión de encontrarse ocupada La Rioja por éste, Varela le envía un mensaje invitándolo a combatir fuera de la ciudad “lo menos a tres leguas” para evitar los horrores de la guerra. Cuando están en las puertas de Salta, envía al gobernador Ovejero la siguiente misiva: “Debiendo ocupar militarmente con mi ejército esa plaza en servicio de la libertad de mi patria, y deseoso de evitar los horrores de la guerra, tengo el honor de dirigirme a V. E. la presente con el objeto de manifestarle que si tiene a bien ordenar en el término de dos horas la deposición de las armas serán garantido su persona y la de todos los suyos, previniéndole que, en caso contrario, hago a V. responsable ante Dios y la Patria de los perjuicios correspondientes y de la sangre que se derrame en los momentos del combate. Dios guarde a V. Felipe Varela”. Se comprende que en el primer momento, el gobernador ordenara la guerra y de esta premisa debe batirse para evaluar la acción varelista. Los críticos juzgan los hechos como criminales, pero lamentablemente aquella batalla no era una guerra de utilería con cartuchos de foguero. Los únicos muertos fueron los caídos en acción de guerra. Por lo demás, los defensores habían paseado

por las trincheras el cadáver de un montonero para darse ánimo, según recuerda Félix Luna. Tampoco es cierto que Varela tuviese toda la población en contra. La simple lectura de documentos prueba lo contrario. El gobernador de Tucumán informaba a su colega santiagueño que Salta “se halla desarmada y lo que es peor, con elementos contrarios en su seno mismo”. Y el propio Ovejero confiesa que el enemigo halaga siempre a las masas y encuentra prosélitos entre quienes no abrigan un corazón honrado”. El presbítero Castro Bædo, salteño y eminente teólogo, era partidario de Varela. Había publicado una tesis sobre las relaciones entre iglesia y estado y un libro sobre la *Navegación del Bermejo*. Participó en la revolución de 1864 contra el mitrismo salteño y posteriormente escapó de la condena a muerte. También apoyaban a Varela su hermano, el Coronel Rufino, Santiago Castellanos, Aniceto Latorre que fuera comandante general de fronteras, y jefe de sublevaciones en 1866, el que mantenía correspondencia con Varela. Taboada informaba del peligro de esos elementos que “no se hallaban en escaso número” y Atilio Cornejo también lo dice citando en apoyo de su opinión un sumario a un alférez de Metán que en “repetidas ocasiones dio vivas a Varela”. El mentado saqueo a la ciudad no pudo atestiguar y los declarantes ante escribano público habían sabido de “oídas” de robos, vejaciones y asaltos. Un solo comerciante declara ser directo testigo del asalto a su tienda de la cual los varelistas llevaron un caballo. Por lo demás en una hora poco es lo que podía hacerse por el saqueo a la ciudad. Nadie entró a templos o iglesias y las fuerzas extenuadas sólo buscaban aliviar su difícil condición. Varela se llevó algunos fusiles, seis cañones y “saqueó” caballos y alimentos. Pero eso será tema para volver en un próximo artículo.

ULTIMAS NOVEDADES

SARMIENTO Y LA USURPACION DEL ESTRECHO DE MAGALLANES , de Pedro de Paoli. Réplica a las opiniones del Prof. J. S. Campobassi	\$ 260.—
VIDA DEL CHACHO , de Fermín Chávez. 2ª edición	\$ 700.—
DE LAMENNAIS A MARITAIN , de Julio Meinvielle	\$ 1.200.—
CARLOS GUIDO SPANO, POETA Y “HOMBRE DE BIEN” , de Pablo Fortuny	\$ 480.—
ASI FUE MAYO , de Federico Iburguren	\$ 540.—
REVOLUCION NACIONAL O COMUNISMO , de Atilio García Mellid	\$ 900.—
DE TUMBO EN TUMBA , de Ignacio B. Anzoátegui	\$ 560.—

JUAN MANUEL DE ROSAS , de José Luis Busaniche	\$ 500.—
ESPAÑA Y EL MARXISMO , de José Blanco Amor	\$ 320.—
PROCESO AL LIBERALISMO ARGENTINO , de Atilio García Mellid	\$ 750.—
JUAN XXIII (XXIV) , de Leonardo Castellani	\$ 600.—
EL EVANGELIO DE JESUCRISTO , de Leonardo Castellani	\$ 850.—
CIVILIZACION Y BARBARIE EN LA HISTORIA DE LA CULTURA ARGENTINA , de Fermín Chávez	\$ 500.—
EL CONGRESO DE TUCUMAN , bajo la dirección del P. Guillermo Furlong, S. J.	\$ 900.—

EDICIONES THEORIA S. R. L.

Rivadavia 1255, 4º, 407 (Casilla de Correo 5096)
T. E 38-0131 — Buenos Aires

Los Nacionales

JORGE MELAZZA MUTTONI: Nació en Buenos Aires en 1921. Colaboró en numerosas revistas y periódicos literarios, especialmente de la llamada "generación del 40". Ha hecho periodismo escrito y radial. Con difícil humildad, este poeta viene abordando los temas nacionales desde hace años, y especialmente a partir de aquella "plaquette" de 1958, titulada *Poemas con suburbios*. El año pasado publicó, después de guardar silencio por algún tiempo, *Tenemos que morirnos*, donde su voz de siempre canta ahora a héroes y protagonistas de carne y hueso, del pasado y del presente de la Argentina. En este libro, sobre todo, los atentos sentidos del poeta logran transmitirnos la huidiza temporalidad del ser y de la vida.

NOSTALGIAS DE PRESIDENTE

Llegó, y la mañana
oliendo a hollín
a tráfico
a medias lunas y café con leche,
invade ceremoniosamente su despacho
de Augusto Presidente.

Allá el balcón:
pirámides,
palomas,
el jubilado
con aire a vendedor envejecido;
su soledad temblando en la solapa.

Se está pudriendo
—modesto prisionero—
entre blandos sillones,
mansa alfombras de Dándolo y De Primi
plumereadas paredes
campanillas tortuosas
o el olvido.

¡Ah el olvido!
Algún gastado embajador charla de cosas,
algún ministro huele su lavanda;
alguien desenmascara citas en la agenda,
plañe un gobernador por el directo
lo recuerdan olvidados parientes;
y "La Nación" resguarda,
—para una muerte de Mujica Láínez,—
su antiguo corazón
en el archivo.

Y al fin
¿quiere vivir
como un vecino, morocho, coloquial, modesto?

¿Quiere ser ese
hombre que riega en el domingo

su triste jardincito
con hormigas?

Claro que no.
Quisiera un poco
más:
que lejanas historias
guarden su figurita
con nombre y apellido.
Que la gente
lo tenga
en su recuerdo
como un grito
de cal
en las paredes.

Pero camina
y la ciudad se retuerce en sirenas,
sirenas,
negociantes viajeros
le persiguen
con la mano tendida
como aquellos sospechosos mendigos
de bendecidos
atrios suburbanos.

Entonces
le dan ganas
de fusilar
su inútil,
devastada
rodeada
violada
su casi constitucional nostalgia
—presidencial y huera,—
e inaugurar
su vida
—aquí—
desesperadamente.

JORGE MELAZZA MUTTONI

Efemérides

13 de junio:

Nacimiento de Leopoldo Lugones

LUGONES, POETA ÓNTICO

LO primero que hallamos en Lugones es el amor a su sangre, amor que a veces llega a la línea del orgullo o que la desborda. Se complace en ascender de antepasado en antepasado hasta llegar a lo que crea la raíz del tronco generacional. Greca-mente diremos que crea el mito genético de los lugonidas, especie de familia divina que tiene su razón en la luna, o en todo caso no más allá de las ocho esferas cósmicas. El intento no es caprichoso, ni se inspira en una tonta pretensión de casta, sino que nace de un corazón profundamente homérico, ganoso de epos, de gestas titánicas y de connubios olímpicos. La presencia lugoniana es un acontecimiento supratemporal, fuera de la cronología normal y vulgar a la familia humana.

Todos los poetas que hemos nombrado interpretaban una situación más o menos permanente: pisaban una tierra natal y se hacían eco de una sangre

o, como solía decir Péguy, de una raza. Eran las voces de una raza, porque ella es lo que se asienta en la tierra y desde allí hace oír su voz, como el eco de la vida. Toda poesía verdadera se da con una raza verdadera, y toda gran poesía con una gran raza. Ni Homero, ni Hesíodo, ni Píndaro, ni Tirteo se explican por sí, como una aparición individual desligada de un fundamento: su fundamento es la raza, asentada en la tierra, desde donde se eleva la voz de la gran poesía.

Busca su raza, decimos, con una insistencia que asoma en cada verso hasta transformarse en una obsesión. Lugones padece la obsesión de su raza. La necesitaba porque sin ella no podía cantar y como solamente era poeta, tampoco sin ella podía vivir.

NIMIO DE ANQUÍN.

EN LA MUERTE DE LUGONES

DOBLEN, doblen campanas, por Lugones, Lugones, y serraniegas flores sepulcrales de aroma, y en sus propias espinas, cubran el suelo como, como sus amarguras, como sus ilusiones.

Llamadores de Córdoba, silencio de crespones, ya lo llevan a pulso, ya soldaron el plomo.
¡Ah! su piedad aquella de la Faz del Eceehomo y aquel nuevo perfume de Dios en sus canciones!

¿Por qué, por qué, por qué? muchos se han preguntado.
Callad y daos con una piedra en el pecho.
Él abrevió su pena con su propio despecho;

mas no se juntan solos cruz y crucificado,
ni fueron forasteras las manos que esto han hecho.
Tú, destructura tierra, tú misma lo has matado.

ENRIQUE LARRETA.
1938

Nuestro Tiempo

AMERICA EN DOS PATRIAS

EL 27 de junio de 1967 se realizó en la Academia Colombiana de la Historia un acto durante el cual el embajador del Paraguay en Bogotá, doctor Francisco M. Barreiro Maffiodo, entregó los diplomas de miembros correspondientes de la Academia Paraguaya de la Historia a personalidades del hermano país del Caribe. Fue un acto de hondo significado americanista en que se puso de manifiesto el reconocimiento paraguayo hacia un país hermano de quien recibiera elocuente solidaridad en los funestos días de la Triple Alianza. Esa solidaridad es poco conocida y corresponde recordarla. El gobernante colombiano, general Tomás Cipriano de Mosquera protestó enérgicamente hace más de cien años, ante los gobiernos de la Triple Alianza por la violación de

la soberanía paraguaya; e hicieron lo propio los gobiernos de Santos Acosta, en 1868, y de Santos Gutiérrez, en 1869; y en este mismo año, la Cámara de Representantes de Colombia expresó, en histórica declaración, su adhesión a la heroica resistencia del pueblo paraguayo, que defendía el suelo de su patria. Esta posición fue ratificada por el Congreso colombiano en 1870, mediante una ley en la que se puso de manifiesto la simpatía y solidaridad con el Paraguay, en las horas más trágicas de la desgraciada contienda. Ofrecemos, por eso, a continuación el discurso que el doctor Barreiro Maffiodo —nuestro joven y viejo amigo—, pronunció ante la mencionada Academia de Historia.

GRANDE emoción y grande orgullo para un paraguayo ser huésped del afecto de esta noble y docta corporación en la oportunidad de entregar diplomas que sellan la irrevocable hermandad que une a colombianos y paraguayos.

Estos legítimos y nobles sentimientos, tan generosamente compartidos, suben de punto al encontrarme en la más alta casa de los historiadores de Colombia, en un día consagrado plenamente a la hermandad entre dos pueblos signados por Dios para cumplir tareas de relieve en los trajinados caminos de nuestra América. Colombia, noble patria del verbo y de la reflexión, de la libertad y de la cultura, del humanismo cristiano que se sobrenaturaliza en el combate diario por el triunfo de la verdad y de la felicidad del pueblo. Mi patria, el Paraguay, bastión de fe, coraje y amor terrigeno en el corazón físico de esta América latina que nos duele y nos alegra; tierra de heroísmos hasta el holocausto en defensa de la autodeterminación de los pue-

blós y del ser nacional, frente a las conjuras imperialistas y antiamericanas.

Nada hay tan difícil de caracterizar en fórmulas sintéticas como el contenido de un vocablo fácil de pronunciar pero cargado de ideas-fuerzas de vigencia eterna. Una palabra que es compendio de dolores y alegrías, de imágenes y recuerdos, de afectos y pasiones, de gemidos y de heroicas gestas. Dos sílabas que nos encienden de fervor cuando niños y de graves y solemnes preocupaciones cuando mayores: Patria.

Para los paraguayos patria, con la sencillez del agua cristalina que serpentea entre peñas sin ambiciones ni egoísmos, con la vieja sabiduría de los antiguos, es la historia de la patria...

Es el agricultor-soldado que dice J. Natalicio González como célula, factor y cumbre de una lucha porfiada por un destino de mejoramiento comunitario, en la búsqueda de un orden colectivo y democrático en plenitud...

Es el agricultor-soldado, mancebo de la tierra

como le llamaron los primeros cronistas de la conquista, señor de su querencia, convertido en guerrero implacable contra las hordas salvajes de indios infieles y de mamelucos genocídicamente criminales, o en subversivo viril cuando en las decisiones colectivas no primaba el interés general, aún en plena colonización hispánica...

Es la odisea ignorada de los hijos de españoles e indias guaraníes caminando día y noche tras la Cruz del Redentor y el pendón de Castilla, arma al brazo, para extender el señorío real a los cuatro puntos cardinales, en la fundación de ciudades y constitución de avanzadas de civilización. Esa gesta que hizo decir a nuestro Eloy Fariña Núñez:

*Asunción, la muy noble y muy ilustre
La Ciudad Comunera de las Indias
Madre de la segunda Buenos Aires
Y Cuna de la redención de América...
Prolongación americana un tiempo
de las villas forales de Castilla
en las que floreció la democracia
de que se enorgullece nuestro siglo...*

Es el gran ensayo de una sociedad místicamente colectivista en las reducciones jesuíticas de los guaraníes, que el incrédulo y universal Voltaire estimó como un triunfo de la Humanidad...

Es la Revolución Comunera que proclamó a través del verbo encendido de Mompox y de Antequera la primacía del común sobre la voluntad del Rey y de toda autoridad que a éste representara, antes de la Revolución Francesa que consagró los derechos del hombre mientras que los comuneros van al patíbulo por los derechos del pueblo...

Es el gesto libertario de los próceres de la Independencia en la noche luminosa del 15 de mayo de 1811, cuando fenece en el Paraguay sin sangre la dependencia de la Madre Patria...

Es el genio adusto, misántropo y austero del Padre de la Patria, el doctor José Gaspar de Francia, quien prefirió el silencio y el aislamiento a la anarquía que todo pulveriza y al peligro de extranjera dependencia...

Es el Paraguay con un estado socialista y paternal en que el progreso técnico —único en el Río de la Plata por entonces— coronaba el tradicional sentido igualitarista de la patria vieja, hechura de Carlos Antonio López, el obrero máximo, donde el trabajo y la fe en el progreso fundamentaban una auténtica justicia social traducida en las "estancias la patria", haciendas estatales de rica ganadería para la subsistencia de las clases menos favorecidas...

Es el holocausto sin segundo en las alturas de Cerro Corá casi hace un siglo, en que el agricultor-soldado de nuestra historia se transfiguró en el Mariscal Francisco Solano López, señor de las alturas, brazo armado de la soberanía, de la dig-

nidad del hombre paraguayo, del lógico equilibrio entre los estados de la cuenca del Río de la Plata...

Es el sargento mayor maestro Fermín López que después de heroísmos sin par muere con su última media docena de alumnos-soldados cerrando una brecha en la plaza de Piribebuy, tercera capital del Paraguay en la Guerra contra la Triple Alianza, donde la sed del vencedor sólo se sació con el sacrificio de los defensores y el incendio de los hospitales de sangre ahitos de enfermos y heridos...

Es Acosta-Nú donde niños disfrazados con barbas postizas para ser hombres defendieron palmo a palmo la hereñad al mando del ínclito y dionisiaco Centauro de Ybycuí, el General Bernardino Caballero, el hombre que de recluta llegó a general de división luchando sobre rauda caballería, para después de la hecatombe ser el líder civil, reconstructor de la patria y padre de la democracia paraguaya...

Es la angustia, la noche, la desolación y la ruina de una Nación trágicamente convertida en guerrero para salvar su destino y su dignidad y su derecho a alternar con los pueblos libres del mundo... El Paraguay de 1870 que el poeta argentino Guido y Spano cantara en endechas inmortales:

*Llora, llora urutaú
En las ramas del yataí.
Ya no existe el Paraguay
donde nací como tú...*

Es la nueva gesta portentosa del Chaco, donde 30.000 paraguayos sellaron con su vida el derecho a la paz y a la convivencia legítima entre dos pueblos hermanos, encontrados en un recodo torvo del camino, bajo la conducción del otro mariscal de nuestra historia, José Félix Estigarribia...

Esta patria y esta historia paraguayas son vestras porque mi tierra y mi pueblo jamás olvidarán el gesto noble de Colombia, de su Congreso y de su ilustre Gobierno en un momento tremendo de dolor e injusticia al proclamar la altura del sacrificio nacional y el dolor compartido ante la muerte del héroe-emblema, señor del sacrificio, cimiento inexpugnable del futuro paraguayo, número de la Patria nueva rescatada para el orden, la paz y el desarrollo por otro ilustre guerrero y estadista, el General Alfredo Stroessner...

Ilustres historiadores de Colombia:

Os doy las más rendidas gracias por vuestra generosa hospitalidad y os pido disculpas por haber abusado de vuestro precioso tiempo. Terminó formulando un voto: que los historiadores de América, por encima de límites y montañas, reunidos alrededor de nuestras glorias e infortunios comunes, exalten y fundamenten cada día la fe en un continente grande, próspero y feliz, servidor del hombre libre, para gloria de Dios y de nuestros próceres y mártires.

FRANCISCO M. BARREIRO MAFFIODO

Correo Histórico

✂ *A Marcos R. Tabossi (Capital)*. — Su carta toca un tema sobre el que los escritores liberales disparataron muy sueltos de cuerpo. No, Mitre no mandó “la artillería” de Urquiza en Caseros. Simplemente tuvo a su cargo una batería, y según diversos testimonios, su comportamiento al frente de la misma dejó mucho que desear. Fue tan poco brillante como su campaña de Sierra Chica, cuando Calfucurá le hizo sentir las espuelas.

Para echar luz sobre ese episodio, vamos a transcribir un testimonio poco menos que inédito, el que ha llegado hasta nosotros gracias a Jorge Brown Arnold, secretario de Bernardo de Irigoyen, quien lo incluyó en su precioso libro *La muerte de la República* (Buenos Aires, 1892). Cuando el hijo del coronel Prudencio Arnold hace la biografía de Mitre y comenta su residencia en Chile, escribe:

“Estuvo largo tiempo allí; recién cuando el general Urquiza se levantó contra el gobierno del general Rozas, y llamó a su lado a todos los que quisieran acompañarle, vino Mitre y engrosó las filas del ejército de Urquiza.

Llegaron a Caseros, trayendo como aliado al Brasil, y so pretexto de derrocar un tirano, como llamaban a Rozas, hicieron fuego sobre la bandera de la Patria unidos al extranjero.

En aquella batalla venía Mitre como sargento mayor de artilleros, y mandaba una batería.

Era segundo jefe del “ejército grande”, como llamaban al de Urquiza, el brigadier general Benjamín Virasoro.

Mientras se combatía, notó el general Virasoro que la batería del mayor Mitre corría peligro, y que permanecía inmóvil. Picó espuelas a su caballo y, llegando, preguntó qué pasaba.

El mayor Mitre contestó que no podía moverse, porque habiéndole muerto una bala enemiga una de las mulas de tiro, el cañón no podía marchar.

Indignése el general ante tanta inepticia y le dijo:

¡Y era sargento mayor de artillería!

El hecho que dejo referido, he tenido el honor de que me lo haya narrado personal y verbalmente el teniente general Virasoro”.

✂ *A Estudiante Paranaense*. — La batalla de Santa Rosa, de la primera guerra jordanista, sobre la que usted pregunta, tuvo un resultado indeciso, al igual que las anteriores de Don Cristóbal y El Sauce. La eficacia de la caballería jordanista resultó anulada por la cobertura de los cañones Krupp del ejército sarmientista.

Si usted desea conocer una versión no oficial de la batalla puede leer *El alma de mis pagos*, vol. II, de Francisco Horacio Francon, donde, entre otras cosas recoge los recuerdos del soldado gubernista Bibiano Ruiz Díaz “La Batalla más famosa —dice— de las libradas fue la de ‘Santa Rosa’ a unos cuatro mil metros del arroyo del mismo nombre y en el campo de Irungaray, frente a lo de Pascual Irungaray. Esos campos eran de Aurelio Jorge y allí había un enorme corral de palo a pique de ñandubay, para encerrar la hacienda ‘baguala’ que abundaba por estos campos sin alambrados. Los COLORADOS (así se llamaban los del gobierno), acamparon cerca del corral, y LOS BLANCOS (así se llamaban los de López Jordán) lo hicieron en los campos de Santa Medarda. La noche anterior a la batalla, el jefe del Estado Mayor, Coronel Gallo (abuelo materno de Rogelio Carricarte) tenía reunidas cinco mil yeguas para lanzarlas a toda carrera, con cueros secos atados en las colas, contra los cuadros de LOS COLORADOS. López Jordán no aceptó el plan, porque dijo que era contrario a las leyes de la guerra”.

También esos recuerdos nos brindan un dato de interés lingüístico: “Cerca de lo Pascual Irungaray —dice el libro— hicieron *el carnero* o fosa común, donde fueron enterrados como dos mil muertos. Sobre esa tumba se levantó una cruz de madera”. El coronel Gallo que se menciona no era otro que Ramón Gallo, jefe jordanista del departamento Gualaguay.

En el próximo número contestaremos a *Descendiente de Juan Moreno*, cuya carta llegó a nuestro poder estando ya en prensa el presente número de la revista.

Leído y Comentado

DE TUMBO EN TUMBA

por IGNACIO B. ANZOATEGUI

SI la palabra brillante no diese la impresión de referirse más que nada a lo superficial y exterior, a lo frívolo, antes que a otras categorías de mayor entidad, y si la paradoja no se entendiese tan a menudo como un juego de mero ingenio en que se hurta la verdad y se dice lo que no se piensa o no se cree o no es verdadero ni sincero, diríamos que el último libro de Ignacio B. Anzoátegui es una brillante colección de paradojas. Podríamos definirlo con mucha mayor precisión y correspondencia con lo real, y a la vez con toda vaguedad —y aquí sí que estamos en pleno reino de la paradoja— diciendo que se trata de un libro específicamente anzoateguiano. ¿Qué es esto? ¿Una colección de pensamientos, de juicios, de máximas? El autor prefiere hablar de “un cuaderno de memorias escritas sin ton ni son, a la buena de Dios” o de “un diario de fugas y de transportes a cualquiera estación del orbe y del tiempo”, pero esto por la forma como fueron naciendo, día a día, estas reflexiones o juicios u opiniones sobre las más variadas figuras de la historia y de la literatura universal.

No es, por lo que podemos apreciar, un libro preconcebido, organizado ni planeado de antemano, pero es, en su desorden alfabético y papelerero, muy coherente, tiene unidad espiritual profunda. No sólo vale la pena leerlo —aunque más de una vez el lector, como en mi caso, no se siente del todo o no se siente absolutamente nada identificado con ciertas posiciones del autor— sino que perderá mucho quien no lo haga. Hay mucha sustancia seria, se dicen muchas cosas hondas y verdaderas entre sonrisa y retruécano, entre mala palabra y gracia de poesía. Porque —claro está— Ignacio B. Anzoátegui es siempre el mismo: no hace una ecuación con la seriedad y la solemnidad, con la profundidad y la retórica profesional. El tiene sus propias vías, intransferibles e irremediablemente suyas, a las que no puede ni deseamos escape: el humor, el “humor”, el humorismo; el lirismo; esa gracia literaria personal con que nació el escritor hace 30 y pico de años y que, madurada al calor de esas experiencias vitales y humanas que otorgan densidad (sin pesadez) al mensaje, se conserva hoy fresca y limpia, tan juvenil como entonces.

En otro orden de cosas cabe admirar la insólita gallardía, casi suicida, con que Anzoátegui continúa manteniendo una conducta ideológica sin concesiones, con vasca terquedad de hombre tan enraizado en su verdad y en su fe temporales como lo está en la Fe y en la Verdad que se hallan más allá de nuestros días y de nuestras pasiones y aficiones terrenas. Ello puede sustraerle popularidad, mayores asentimientos, circulación fácil, pero no el respeto cabal que merece la integridad de su coraje. (Theoría).

SOLER CAÑAS.

MALON CONTRA MALON

por JULIO ANIBAL PORTAS

ESTE libro, de pequeño volumen, pero por cierto muy sustancioso, podría tal vez definirse como una síntesis crítica de la llamada campaña del desierto, hecho casi legendario, poco conocido y que sólo ahora comienza a

despertar un interés que trasciende del círculo de los especialistas. En que sólo en los últimos años se está estudiando con más rigor y detalle la historia de la segunda mitad del siglo XIX en la Argentina. Para unos la citada campaña fue una epopeya, para otros puede tener distintos alcances, “Estupenda conquista” y “casería de tierras” señala el autor, son dos afirmaciones extremas, ninguna de las cuales, “seguramente, contiene toda la verdad”.

Acá se hace una especie de historia íntima de la conquista del desierto, se contraponen afirmaciones simplistas y párrafos muy literarios o documentaciones y testimonios que muestran la otra cara de lo que podríamos llamar “verdad oficial” o “convencional”. Portas maneja una bibliografía extensa y a veces escasamente conocida o citada, no formula aseveraciones críticas demasiado enérgicas o terminantes, pero los contornos, el trasfondo de su trabajo, llevan a conclusiones meridianas, que permiten comprender la parte de miseria que hubo en aquella empresa de gloria. La tarea del autor lleva a reducir las cosas a sus justos límites; a encontrar la verdad real sobre la verdad oficial; a saber cuál era la realidad inmediata y verdadera del peligro indio; hasta dónde llegó y cuáles eran las dimensiones de la heroicidad blanca; el pago que se dio a los combatientes, la vida sacrificada de hombres y mujeres en los fortines, aspectos con frecuencia soslayados como las leyes y las deserciones; lo irremediamente relativo de las tareas de médicos y sacerdotes en la campaña; la idea central que preside el trabajo de que da cuenta el título: de que, por cierto, para vencer definitivamente al indio, el blanco organizó y puso en práctica, sin piedad alguna, su propio malón o contramalón.

“Cuentas aparte —dice Portas— la idea del indio inermemente frente al blanco exterminador no debe hacer perder de vista lo que tal vez fuera el mérito supremo de la conquista del desierto: el inaudito sacrificio físico de los jefes, oficiales y soldados comprometidos en la campaña”. Con sus innegables luces y sus necesarias sombras, la solución final del denominado “problema del indio” está expuesta y resumida aquí con hábiles y reveladores enfoques que la desmenuzan, explican y reducen a términos humanos. Es el mérito imponderable de este librito que puede constituir una buena y veraz, verídica y verosímil introducción al tema, y que se acompaña con una bastante nutrida documentación iconográfica. (Ediciones de la Flor).

S. C.

LIBROS RECIBIDOS

Homero Manzi, Antología, selección de Horacio Salas. Ed. Brújula.

Sarmiento y la usurpación del Estrecho de Magallanes, por Pedro de Paoli. Ed. Theoría.

Historia Contemporánea de Catamarca 1862-1930, por Ramón Rosa Olmos. Separata de la Academia Nacional de la Historia.

El pronunciamiento federal de Santa Fe, por José Rafael López Rosas. Ed. Facultad Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Nacional del Litoral.